

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:
CUENTO DE OTOÑO

Autor/es:
Nacho Cagiga

Citar como:
Nacho Cagiga (1999). CUENTO DE OTOÑO. Banda Aparte. (16).

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42361>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:
CUENTO DE OTOÑO

Autor/es:
Nacho Cagiga

Citar como:
Nacho Cagiga (1999). CUENTO DE OTOÑO. Banda Aparte. (16).

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42361>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



CUENTO DE OTOÑO (Conte d'Automne)

Eric Rohmer, Francia, 1998, 35 mm, Color, 110 min.

Han pasado más de treinta años desde mayo del 68. Aquel *joli mai* cinematográfico se corresponde con lo que se llamó la *nouvelle vague*. Jean-Luc Godard fue el máximo representante de una época que terminó con el suicidio de Jean Eustache, una época en la que estuvieron implicadas varias generaciones y muy diferentes personalidades, pero en la que se intentó soñar la realidad, repensar el estado de las cosas. Una de las aportaciones más radicales de aquel proyecto estético fue, sin duda, la de Eric Rohmer.

Rohmer sigue siendo en la actualidad un autor mal interpretado. Reaccionario, cursi, convencional, elitista, evasivo, puritano y otros muchos epítetos más son lanzados contra él por una posmodernidad que continúa dominando en este vacío filosófico finisecular en que nos encontramos, en el des-mayo intelectual que padecemos como agentes y pacientes. Estos ataques hacen de Rohmer un preciosista, un esteta que huye de la vida para refugiarse en sus ensoñaciones pequeño-burguesas. Lo cual es reflejo de que no se vislumbra más que una apariencia formal de su obra, y además revela una visión superficial de ésta.

Rohmer confía en la transparencia de la vistosidad, en los colores, en las formas sensuales femeninas, en los paisajes, en los lujos burgueses, en sus perdidos personajes masculinos, a sabiendas de que el espectador ideal de sus películas no pretende renunciar a la imagen para entender, sino que, bien al contrario, va a utilizar esa información para emprender una búsqueda o investigación metafísica aplicada al lenguaje, a las pasiones, a la naturaleza. Una poética que va del "no suceder nada" a las largas parrafadas existenciales de los protagonistas de sus historias, con esa confianza raciniana en la palabra como forma adecuada de comunicarse y de ser sinceros ante los demás. Así ha ocurrido en todos los *Cuentos de las cuatro estaciones*, incluido este otoñal cierre de la serie.

Si lo que puede ser el auténtico espíritu de toda nueva ola es la juventud, o lo que es lo mismo, esa postura de eterna y cíclica adolescencia que comporta el descubrimiento del amor, del primer deseo carnal, entonces *Cuento de otoño* es un filme atípico en la filmografía de Rohmer, ya que habla de cumplir la mayoría de edad, las arrugas y cicatrices del tiempo,



Cuento de otoño

de la expulsión del paraíso y de que no queda más remedio que trabajar y sudar, envejecer y morir.

Por contra, en lo que el filme tiene de poner a prueba la responsabilidad moral y social de unos pocos seres, con cuyas decisiones van a testimoniar no sólo su libertad de decisión sino también su grado de fidelidad a esa misma responsabilidad personal, nos encontramos con un claro ejemplo de relato o cuento como a los que ya nos tiene acostumbrados el autor de *Ma nuit chez Maud*.

Isabelle (Marie Rivière) y Magali (Béatrice Romand) son dos amigas que tienen dos actitudes vitales antagónicas, que incluso se reafirma en dos físicos completamente diferentes: la primera es una mujer segura de sí misma, pero que hace tiempo ha abandonado toda posibilidad de responsabilidad; la segunda, más vulnerable e indecisa, es sin embargo el personaje que lleva su responsabilidad hasta el final, con una madurez que asume el riesgo de todo lo que puede perder.

Nos encontramos también con la toma de decisión de un personaje central, en este caso Magali, quien tiene que decidir entre dos posibles caminos. Como el alcalde que se encontraba ante el problema de escoger el árbol o la mediateca, Magali tendrá que elegir entre un joven profesor de filosofía, con quien quiere emparejarla la ex-novia de su hijo, y un cuarentón con quien Isabelle ha contactado a través de un anuncio en un periódico.

Desde el comienzo de sendas maquinaciones, encaminadas a terminar con la soledad de Magali, sabemos que Gérald (Alain Libolt, que resulta estupendo en su papel), el pretendiente que le ofrece Isabelle, será el único que en realidad puede convenir a Magali, no sólo porque comparte con él un pasado africano, una misma generación, o una parecida soledad, sino porque los dos miran la vida con igual incierto desengaño.

La estructura triangular vuelve pues a pivotar toda la historia, como en tantas ocasiones ha estructurado Rohmer sus relatos (baste recordar aquí el título de su pieza teatral *Trío en Mi Bemol*), y así Magali se encuentra entre Gérald y Etienne (el profesor de filosofía), Rosine entre Etienne y el hijo de Magali, e Isabelle entre su marido y Gérald. La decisión que tome cada una, aunque sea como en el caso de Rosine una opción fuera de su tríada, será la de su propia responsabilidad moral y, por eso, marcará su vida.

Con el transfondo humano de una clase social tan elevada como vacía, Magali y Gérald verán recompensada su actitud con el frágil pero valioso lazo de su necesidad mutua. Mientras Isabelle, como suele ocurrir en todo cuento de hadas, acaba por descubrir que bajo su incierta fortaleza se encuentra el des-mayo de quien ha terminado por hipotecar todas sus generosas ilusiones.

NACHO CAGIGA